

IDEOLOGÍA Y LITERATURA EN EL PORFIRIATO

Por Sara Sefchovich

"La solemnidad es parte del acervo ideológico. Es imposible no vivir con desgarradora seriedad el curso de los acontecimientos."

Carlos Monsiváis.

I

Entre 1880 y 1900 parece surgir una Hispanoamérica nueva, que aparentaba no tener nada que ver con la de los primeros años que siguieron a la Independencia política. Un nuevo orden se alzaba en los países, apoyado en la ciencia y preocupado por la educación de los ciudadanos y por alcanzar para ellos un mayor confort material.¹

La fecha coincide con la entrada del capitalismo metropolitano en su fase imperialista por el crecimiento del capital monopólico y los avances en la industria y el transporte. Los países metropolitanos requieren de materias primas y mercados, y los países periféricos se las surten y les compran sus productos. Surge así para México un nuevo modo de funcionamiento de la economía: estamos integrados al mercado mundial pero ahora por la división internacional del trabajo y ya no por la extracción de riquezas y la usura.

Esto se conoce como "vía oligárquica" del desarrollo del capitalismo, que quiere decir la consolidación de una economía primario-exportadora sustentada sobre el latifundio que se había formado con el acaparamiento de las tierras de la Iglesia nacionalizadas en la Reforma así como las arrebatadas a los campesinos. La mano de obra disponible permite establecer un régimen de servidumbre y explotación intensiva al que se aunan las inversiones extranjeras destinadas a nuevos rubros (como bancos y ferrocarriles). El capitalismo mexicano está volcado al exterior, y es por ende muy vulnerable e incapaz de producir siquiera maíz o frijol suficientes para su autoconsumo. La oligarquía mexicana terrateniente y rentista sólo se interesa por acumular y desea la paz para prosperar en sus negocios. Y el régimen de Díaz se lo da.

La tercera generación liberal compone este mundo. Esa que luchó contra la intervención y apoyó a Juárez y que según Cosío Villegas había vencido al conservadurismo para dar inicio a la historia moderna de México. Es la generación de la revolución de Tuxtepec: Porfirio Díaz, Justo Sierra y los responsables de la introducción del positivismo en México como Gabino Barreda. Son los ideólogos de la Constitución de 1857 que hablaba de un estado democrático, representativo y federal, de la primacía de la ley sobre la arbitrariedad y el despotismo de los gobernantes, de los derechos del hombre y la consagración de la libertad de pensamiento, expresión y trabajo y del sufragio libre y universal.

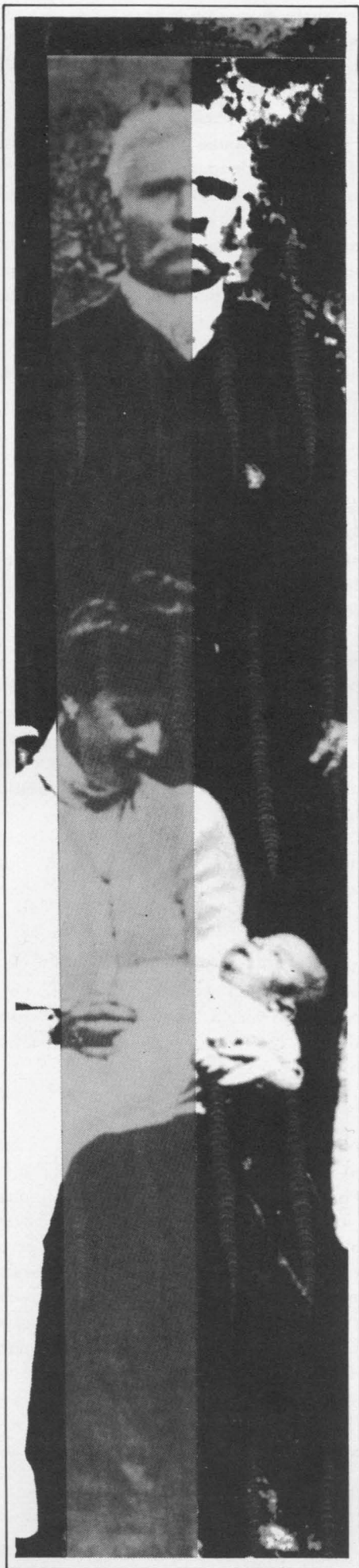
Esas eran las ideas, pero no fue tal su aplicación. Sierra afirmaba que la "nación mexicana es uno de los organismos sociales más débiles, más inermes de los que viven dentro de la órbita de la civilización" y en este argumento encontraba la razón de que la historia de México hubiera sido un caos y de la necesidad de implantar un orden social que para un pueblo "atrasado como el nuestro" requería de la institución de un gobierno fuerte.

El positivismo europeo resultó un aliado adecuado para este modo de pensar. Y es así que se le adaptó —en muchas ocasiones bastante lejos de las doctrinas "madre"



General Porfirio Díaz.

1. Franco, Jean, *La cultura moderna en América Latina*, México, Grijalbo, 1985, p. 26.



Porfirio Díaz en 1911.

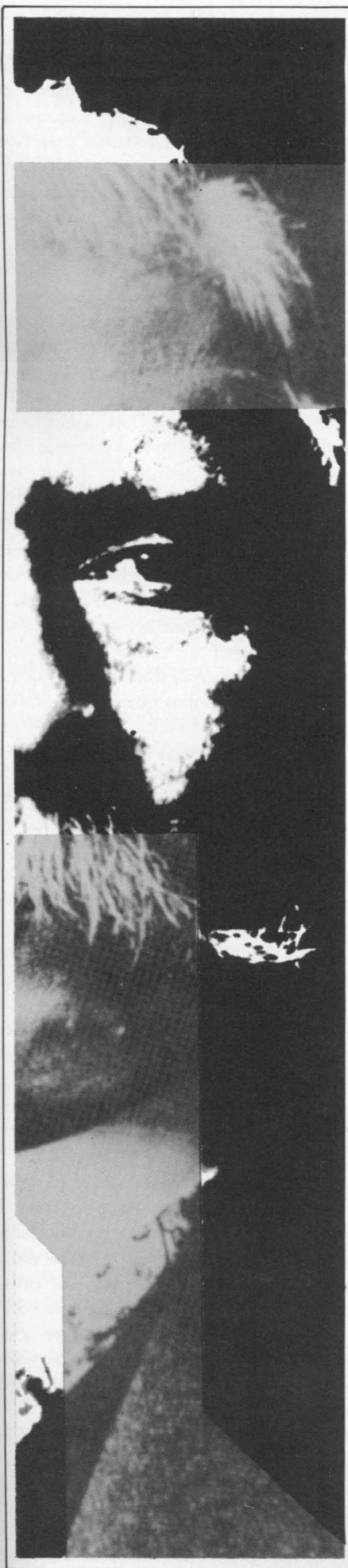
eso no se enriquecieron los temas de nuestra literatura, apenas el instrumento poético. La estética sensualista de los modernistas esconde la misma actitud de los rentistas, preocupados entonces como Rabasa por limpiar la corrupción o como López Portillo por modernizar las formas de relación con la tierra. Los modernistas rechazan al mundo y sus convencionalismos, están en contra de la mercantilización a la que la sociedad somete el arte, pero ansían público, desean lectores, y hablan de preservar los valores eternos —que un Micrós o un Gamboa dan por sentados— en su “desesperado esfuerzo por salvaguardar la función específica de una categoría social tradicional amenazada por el avance del modo de producción capitalista.”²² A los novelistas les interesa preservar el orden, la ley, el civismo, tienen miedo a la bola, y a los poetas les interesa luchar contra los convencionalismos sociales —no contra el orden que los sostiene— adquirir más libertad (por ejemplo para ejercer la sensualidad). Los poetas en su visión vanguardista terminan por ser aristocratizantes, y los novelistas terminan por tener la perspectiva popular en sus preocupaciones científicas que abarcan amplios problemas: la tierra, la política, la conservación del idioma español, la sencillez de la escritura. Los burgueses van hacia lo nuevo, se oponen. Los oligarcas conservan lo viejo, reforman. Pero ambas son tendencias literarias que parten de una misma ideología, de un momento histórico que exige esa visión del mundo. Ambos renuevan: los modernistas la forma, el lenguaje (menos los temas que como se vio son aún los románticos); los realistas su modelo costumbrista y romántico de filosofar y moralizar al que cambian por la ironía fina y los trazos de grandes líneas que abarcan lo social (De todos modos tampoco dejan de ser románticos del todo). Historias de amor con el nuevo instrumento poético, historias de amor con un realismo nuevo. Ambos son avances, saltos en la literatura mexicana, hitos en nuestra cultura que vuelven una y otra vez sobre nuestras mismas obsesiones: lo universal y lo propio; la élite y las masas, cambiar y no cambiar, conciliar lo viejo y lo nuevo o romper. De todos modos, poetas y novelistas no vivieron la realidad áspera y miserable del país, sino la parte sutil y refinada de la vida de los privilegiados y de todos modos ambos querían mejorarla. Que la realidad deje de ser feudal era el afán de López Portillo o que deje de ser un estercolero era el de Gamboa, aunque el primero quería conservar sus privilegios y el segundo ir a los burdeles. Hay en el positivismo mexicano algo de poco racional, algo de fatalidad. El destino está dado y no se le puede cambiar. Hay en el realismo y hasta en el naturalismo mexicano un modo de ver la vida más que una técnica que por lo demás se cumple cabalmente. Hay en ese acusar a la ciudad de mala y en ese reivindicar a la buena provincia —las novelas de Rabasa vuelven siempre al terruño y las de Gamboa a la buena familia— una celebración de la capital y su vida.

Pero de todos modos, nunca fue tan apegada una cultura a su base económica y política, tan acrítica a un modo de vida, tan crítica sólo a lo más superficial como en esta etapa de Díaz. Lo mismo que la dictadura, la literatura es afán de conciliación, de reforma, de novedad sin ruptura profunda. Todos querían mejorar a la sociedad pero sin cambiarla. Que nada se moviera: ni la novela ni la mente. Para ellos el mundo era estático, en él no pasaba nada. Y creían esto precisamente en los momentos de la represión inmisericorde de las huelgas, de los asesinatos de disidentes, del cierre de periódicos y el encarcelamiento de sus editores, de las campañas de exterminio contra yaquis y mayos, del *Tomochic* que nos contó Frías, de las levas que nos contaría después Traven.

La diferencia entre la literatura del porfiriato y la que la precedió fue que en aquella ya no se trataba de una lucha por conocer al país, por cohesionar al pueblo, por contar su historia como sucedió en esta. Ahora se quería mostrar ante el mundo nuestra civilización —que se vanagloriaba de ir por el camino de la europea— y lucirse como si fuéramos cultos. El impulso de la cultura dejó de ser colectivo —ese afán que tuvieron el Liceo Hidalgo y Altamirano— y ya no fue suya la empresa de construir a la nación —por eso Gutiérrez Nájera reclama a su maestro el nacionalista— sino la de volver al individuo y la de una realización propia y personal. Por eso, aunque pervivieron los afanes románticos se abandonó el lirismo y sus ideales engañosos y se tomó una visión del progreso material que fue realista.

Pero la intranquilidad social estaba ahí, y crecía día a día en contra de la liviandad y la bohemia, de la moda y el ocio de los poderosos, del refinamiento y la ultracultura. El fin político del siglo XX se acercaba para México y unos años después, empezaba la Revolución. ♦

22. Perus, *op. cit.*, p. 77. Ver Franco, *La cultura*, *op. cit.*, p. 123.



Gamboa da lecciones de moral. Por eso Warner afirma que no conoce mejor ejemplo de la unión del determinismo mal entendido con un romanticismo "pasado de moda" que el de esta novela. Sin embargo, los lectores no pensaban así y demostraron -adquiriéndola- que la moralización seguía vigente para cierta clase social y sobre todo, dentro de ella, para el "sexo bello" como le llamaba Altamirano. Según Mariano Azuela, el problema de Gamboa era que se le presentaba una pugna ideológica entre la filosofía positivista en la que fue educado y "sus tendencias ortodoxas naturales".

López Portillo, Rabasa, Delgado, Del Campo y Gamboa se cansaron de anunciar las desigualdades sociales con una prosa sin excesos que tiene por un lado las enseñanzas de Lizardi y el medio siglo y por otro las lecturas de los maestros españoles y franceses. Pero no pudieron concebir otra idea que el orden para el progreso, el positivismo para la sociedad. "Estas novelas distan de ser obras maestras, pero nos ofrecen una interesante glosa al clima cultural de este periodo. Tienen unas estructuras cerradas y deterministas que eran las adecuadas en países en los que la modernización iba a significar una mayor dependencia de los grandes poderes industriales y a reducir más que a extender las posibilidades de la autodeterminación."²⁰

III

El último cuarto del siglo XIX vio nacer y crecer dos corrientes literarias que parecerían ser las más alejadas entre sí. En efecto, la literatura mexicana tuvo en el porfiriato el camino de la renovación (el modernismo, sobre todo en poesía) y también el camino de la conservación (el realismo, sobre todo en novela) que muestran perfectamente los dos polos entre los cuales se movió la contradicción fundamental de la época.

El porfiriato fue una época de intenso desarrollo capitalista en que se articularon y combinaron relaciones capitalistas y precapitalistas. "El régimen porfirista, bajo su aparente inmovilidad política, fue una sociedad en intensa transición, (fue) la forma específica que adoptó en México el periodo de expansión del capitalismo (que) combinó bajo una forma específica dos procesos que en los países avanzados se presentaron separados por siglos: un intenso proceso de acumulación originaria y un intenso proceso de acumulación capitalista (reproducción ampliada)."²¹

Los dos procesos de acumulación simultáneos fueron produciendo una sociedad donde cabían al mismo tiempo autores como López Portillo y Rabasa y también los modernistas, es decir, cabían los oligarcas y los burgueses, el mundo de la acumulación originaria y el de la reproducción ampliada, las ideas liberales y los afanes vanguardistas.

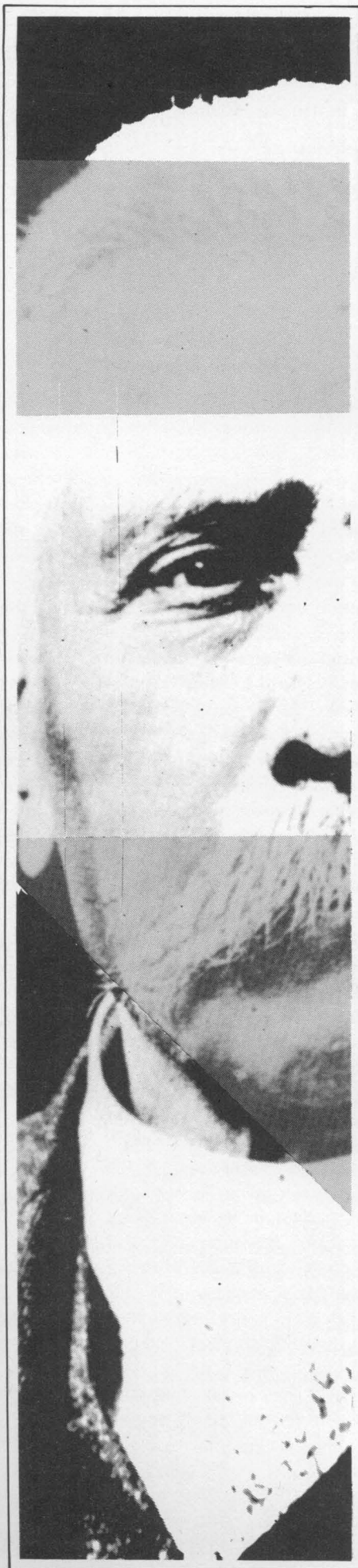
Por eso, lo que en apariencia eran dos caminos tan diversos de la literatura no lo son tanto. Ambos son movimientos que interesan en hacer un retrato crítico de la sociedad, con una perspectiva aristocratizante y no democrática del mundo. Pues así como el capital y el poder se concentraban en reducidos grupos, así también la cultura (lo que les parecía lógico y normal). Ambos nacen de una búsqueda de abolengo, de dominio social, de deseo de modernización y de estabilidad, de adquirir raíces (y no moverse más en el vacío).

Ambos tienen una herencia romántica y realista, ambos miran hacia Francia en sus modelos. Las diferencias tienen que ver con la base social de los escritores y con la función social que cumplen. Rabasa y López Portillo son científicos, miembros de punta de la clase dominante y los modernistas son una clase media apenas naciente, sectores "secundarios" de la clase dominante, que tenían -o podían tener- éxito literario pero no económico. Por eso los poetas luchaban contra las convenciones sociales -que les impedían tener más público y más dinero- mientras que los novelistas luchaban contra las deficiencias del sistema político o social (y no contra sus fundamentos). Ambos sin embargo, estaban convencidos de que la vía consistía en modernizarse más, ser más cosmopolitas y más universales, y esto quería decir ser más como los europeos.

La inserción en el capitalismo mundial significó un incremento del comercio con Europa, y también eso que Angel Rama ha llamado una "ráfaga de europeísmo": los vinos, las telas y los muebles entran junto con los valores y las pautas culturales. Por

20. Franco, Jean, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 126.

21. Gilly, Adolfo, "La guerra de clases en la revolución mexicana", en *Interpretaciones de la revolución mexicana*, México, UNAM-Nueva Imagen, 1979, p. 24.



Pero la línea principal de la novela busca algo distinto, una nueva sensibilidad que las nuevas necesidades piden. Las nuevas estéticas viene de lo que el mismo Peón y Contreras describe como "la filosofía positivista y el materialismo (que) levantaban por doquier sus gigantescos tronos". La idea ahora era mostrar "la verdad sin exageraciones" y ese es el esfuerzo que emprenden "Manuel Gutiérrez Nájera, el precursor del refinamiento verbal, Justo Sierra, el escritor de vuelo retórico, Rafael Delgado, José López Portillo y Rojas y Emilio Rabasa, serenos y reposados cronistas de la primera sociedad porfiriana y Angel del Campo, escritor de compasión y ternura para los humildes".¹⁶

La ideología porfiriana que creía en el mejoramiento de las condiciones de vida como producto del esfuerzo individual, encontró un autor convencido en José López Portillo y Rojas, quien con paternalismo y condescendencia llegó en sus novelas a un compromiso de conciencia con la estabilidad del régimen para garantizar así la preservación de valores que tenía en alta estima, valores fuertemente tradicionalistas, sustentados sobre la seguridad que le daba su mundo y sobre su liberalismo. En *Nieves* (1887), *La Parcela* (1898), *Los Precursores* (1909) y *Fuertes y Débiles* (1919) hace largas descripciones sobre la naturaleza e intercala en la acción observaciones sobre la conducta de los personajes para concluir que un hacendado modernizado es mejor que uno feudal y que los desposeídos pueden mejorar con solo desearlo.

Emilio Rabasa atacó en su famosa tetralogía (*La bola y La gran ciencia* de 1887 y *El cuarto poder* y *Moneda falsa* de 1888 así como en *La guerra de tres años* (1891)) las pequeñeces de la sociedad provinciana, la apatía del pueblo, la corrupción de los políticos, la prensa servil y las falsas distancias entre liberales y conservadores. Sin embargo, no pudo imaginar cambios ni nada que no fuera la estabilidad social pues suyo sólo era el afán de modernización. Las novelas de Rabasa son historias de amor en las que se enmarca la crítica. Por eso Monsiváis las ha llamado realistas-románticas mientras que para Raimundo Lazo, "no se pasa de un ameno realismo inspirado en modelos españoles".¹⁷ José Luis Martínez las considera como un grado evolutivo del costumbrismo pues encuentra en ellas la pintura detenida del ambiente y de sus caracteres. Para nosotros lo importante es que estas novelas muestran la contradicción principal de los intelectuales porfiristas: señalar la necesidad de cambios y al mismo tiempo no desearlos y hasta temerlos.

Rafael Delgado, "el mejor estilista que ha tenido México en la novela de siglo pasado" según Warner, es también el más conservador. En sus novelas (*La calandria* (1890), *Angelina* (1893), *Los parientes ricos* (1904)) hace observaciones muy exactas y bien ambientadas sobre las clases medias en la escena veracruzana de fin de siglo. Describe y evoca a una sociedad estática, donde nada se mueve ni cambia. Su literatura, sin demasiados altibajos, muestra gran habilidad para dar vida interior a sus personajes, los cuales ya no sólo son figurones con vestidos de su país sino seres con vida interior, con lo cual ya se convierte en un novelista moderno. No se olvide que para ese momento, la modernidad se caracterizaba por el retrato de lo interior, y Delgado buscaba en la quieta provincia y en su contraste con la capital esos rincones. "El efecto de familiaridad, de cosas conocidas contribuye al encanto de las novelas de Delgado."¹⁸ Se trata además de una obra culta pues los protagonistas expresan sus ideas sobre la novelística y sobre la historia de México, sobre Alamán, Acuña y Altamirano siempre con una posición liberal. Por su parte Angel del Campo ambienta sus relatos en los barrios urbanos de la capital mostrando y comparando los excesos de la miseria y la riqueza (*La rumba*-1890) con un viejo estilo popular al que Lazo califica de "sincera mexicanía" y que en cambio según Reyes Nevares se acerca más al modelo francés de Víctor Hugo que al modelo del cantor sentimental y noble que fue Guillermo Prieto.¹⁹

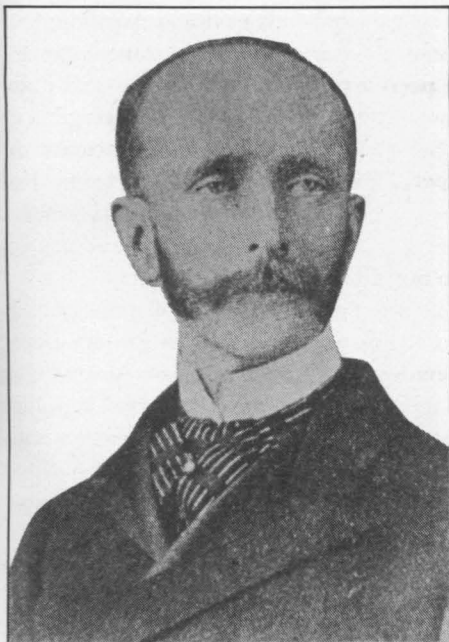
Federico Gamboa representa el más alto grado de observación y descripción detallada y de novela de tesis de la época (por eso muchos lo consideran dentro del llamado "naturalismo"). Desde *Apariencias* (1892), *Suprema Ley* (1895) y *Metamorfosis* (1898) hasta *Reconquista* (1908) y *La llaga* (1910) pero sobre todo en *Santa* (1903)

16. Martínez, *op. cit.*

17. Lazo, Raimundo, *Historia de la literatura hispanoamericana siglo XIX*, México, Porrúa, 1976, p. 57.

18. Warner, *op. cit.*, p. 102.

19. Reyes Nevares, Salvador, "La novela de la revolución mexicana" en Ocampo, Aurora, *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, México, UNAM, 1981, p. 52.



José Ives Limantour.



José López Portillo y Rojas.



Federico Gamboa.

hacerse conservador. Pero conservador no impide ser progresista y reformador con el anhelo de realizar por completo el ideal que la conquista hace patente."¹⁰ El párrafo resume bien la idea positivista: cambiar y no cambiar, que es siempre la idea conservadora a la que se califica de "realismo contra utopismo". Ese fue el porfiriato, que como ha dicho Villegas "para unos es una etapa necesaria de la evolución y para otros un paréntesis que debe cerrarse para que resplandezca otra vez la libertad".¹¹

II

Dos caminos principales tomó la literatura de la época, dos modos de expresar la nueva sensibilidad y las nuevas ideas. El modernismo y el realismo. El primero sobre todo en poesía, el segundo en la novela.

El modernismo, corresponde bien a una época de oligarquía. No se trata de una escuela sino de "la compleja expresión artística de un periodo histórico" (Raymundo Lazo). Un periodo de estabilidad (duró los mismos treinta años que la dictadura de Díaz) que permitió surgir a una fina producción literaria que a su vez lo cuestionaba. Por paradójico que parezca, el impulso crítico nació (pudo nacer) de la estabilidad. Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Luis G. Urbina, Amado Nervo, Juan de Dios Peza y hasta José Juan Tablada y González Martínez, alcanzaron con su poesía esplendor en los años noventa del siglo XIX en un movimiento que fue hispanoamericano, continental. La suya es una concepción estética que se fundó en la renovación de la forma y del lenguaje, de los símbolos y de la versificación. En eso radica su novedad: dan vida a nuestra habla castellana y hacen correr calor y luz por las venas de nuestro idioma que se moría de anemia".¹² Los modernistas usaron en la poesía los mismos temas que los románticos, el amor, la naturaleza, las pasiones ("Haz que la vida alcance la excelsitud del sueño"), quisieron impregnar de sensaciones cada momento ("reproducir el leve tejido de los ensueños de la fantasía") y quisieron, desesperadamente, una individualidad, abandonar las hazañas colectivas que quiso imponer el Liceo Hidalgo primero y Altamirano después. Además quisieron conquistar la universalidad oponiéndose al nacionalismo en boga y a la literatura para el pueblo dedicando en su lugar todo afán, a los propios artistas y escritores.¹³ Su pertenencia a la época se define precisamente por el rechazo al progreso material que les rodea, y al mismo tiempo, ¡oh! contradicción, por el lujo material en el uso de las palabras, "encrepadas espumas verbales" como les llamó Castro Leal, que mucho contrastaban con este país de miseria. La bohemia y los cisnes eran la señal de la época, lo francés (tan definitiva e inegablemente porfirista) su inspiración y sus citas.

El modernismo fue una rebeldía que según González se fomentó desde el antro, la cantina y el prostíbulo, oponiéndose así a la moral pública del porfiriato, a los cerrojos del catecismo y a las admoniciones del hogar y la familia. Fue un movimiento literario, cuyos propósitos estéticos eran un modo de vida: "la religión negra del erotismo, el exotismo, el diabolismo y la vida personal como una obra de arte moldeada en la bohemia, la dipsomanía legendaria acompañada de las lecturas interminables de Poe, Baudelaire, Verlaine, Huysmans o la música enervante de Wagner, Chopin y Schumann que resonará con el *fin de siècle* mexicano, sus once mil prostitutas y 56 burdeles".¹⁴

Lejos quedaba la poesía académica y lejos el imperio de Maximiliano aplastado por Juárez, pero cerca todavía los dictados de París en la moda y el metro poético. Pero a diferencia del siglo anterior cuando la mirada a lo extranjero produjo solo malas copias, la poesía de esta época fue una verdadera vanguardia. También hubo novela en el porfiriato. Hubo las exageraciones sentimentales al estilo de Lamartine (nunca con la estatura que llegaron a alcanzar en otros países del continente donde se escribió una *María*, una *Cecilia Valdés*) como *Carmen* (1882) de Pedro Castera, historia de amores tormentosos y heroína celosa o *Taide* y *Veleidosa* de José Peón y Contreras, obras en las que "el espíritu de los personajes que la desarrollan apenas toca con sus alas blancas y flotantes el mundo tangiblemente perecedero, el mundo de la materia".¹⁵

10. Santiago Sierra *cit. ibid.*, p. 246.

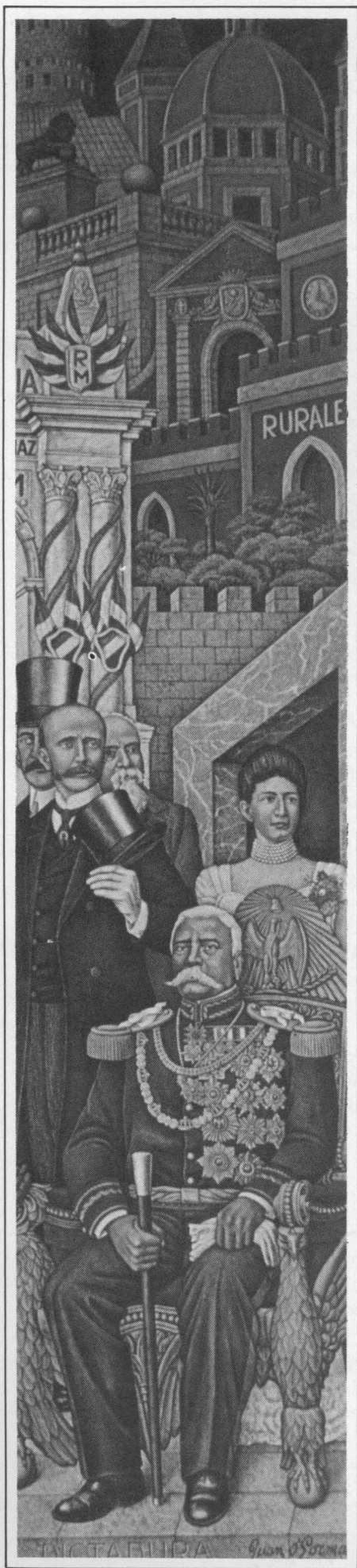
11. Villegas, *op. cit.*, p. 14.

12. Coll *cit. Franco, op. cit.*, p. 31. Françoise Perus, *Literatura y Sociedad en América Latina, del modernismo, México, Siglo XXI, 1976.*

13. Martínez, José Luis, *La expresión nacional*, México, Oasis, 1984, p. 64.

14. González, Sergio. "En el antro", *Nexos*, No. 104, agosto 1986, p. 32.

15. Peón y Contreras, *Taide, cit.* Warner, Ralph E., *Historia de la novela mexicana siglo XIX*, México, Antigua Librería Robredo, 1953, p. 83.



Fragmento de mural de Juan O'Gorman.

revolución como medio para lograr los cambios, en favor de la evolución natural. "No se puede ir al bien por el camino del mal" escribió Sierra reiterando el planteo conservador de que al progreso se llega despacio, poco a poco, sin cambios violentos que "todo lo destruyen". Los ecos de Burke y de Alamán son claros: "Todas las ventajas de la variación y ninguna de la mutación", había escrito el conservador europeo, tal como Alamán había dicho "desatar sin romper".⁷

La concepción de modernización de los positivistas se basaba en industria, ferrocarriles y dinero, exactamente en la misma dirección de lo que plantearon Alamán y Antuñano: "El trabajo industrial es el camino por donde deben ser guiadas las fuerzas desbocadas de los mexicanos",⁸ y tenía también como característica el respeto a las formas legales y los afanes siempre presentes de legitimación. Como los conservadores y los liberales, los positivistas criticaban "la empleomanía" y el "aspirantismo" burocrático, y se oponían a que el Estado fuera generador de la riqueza pues lo veían sólo como protector de ésta, que debía nacer del trabajo industrial. Y sin embargo, como lo ha mostrado Zea, y a pesar de las teorías que sustentaban sus pensadores, la burguesía mexicana en lugar de industrializarse, de invertir en fábricas y ferrocarriles, se dedicó a servir a las activas burguesías extranjeras y convirtió al Estado en fuente de riquezas: "Nuestra burguesía, si merece ese nombre que a sí misma se da, no pasó de ser un grupo semifeudal, latifundista y burocrático. En vez de explotar industrias, explotó al campesino y al erario público... (y) siendo una de sus fases la burocracia, tuvo necesidad de la política de partido y ésta se encubrió bajo la idea de que se trataba de un grupo de técnicos, científicos, preocupados por el progreso del país."⁹ Así, se estableció una división: el capital extranjero se dirigió a los ferrocarriles, la electricidad, a la industria extractiva y a los bancos, mientras la burguesía nacional se desempeñaba en el comercio y las manufacturas así como en la agricultura.

Buena parte de los motivos que dieron origen a esta división del trabajo entre la burguesía nacional y las extranjeras, fue sin duda la falta de capitales y de capacidad técnica. Y así como unos años antes Alamán se había visto obligado a invitar a los ingleses a invertir en México, así ahora los porfiristas buscaban capitalistas de fuera. Pero no se engañaban. Veían bien el peligro que significaba la cercanía con los Estados Unidos y sus afanes imperialistas, en particular desde el paso a la economía del monopolio que se iba produciendo en los países capitalistas y con el dominio creciente de los conservadores en el poder en Europa.

Por una parte el temor y las memorias de la no tan lejana guerra con los Estados Unidos que significó la pérdida de una importante franja del territorio nacional, y por otra parte la admiración y la necesidad de recursos y tecnología, llevaron a los positivistas a proponer, una vez más, a los norteamericanos como esquema de civilización. Les parecía mejor hacerse amigos, entrar en el juego del capitalismo mundial y no correr el riesgo de desaparecer como nación. Sierra hablaba de "ese maravilloso animal colectivo que vive junto a nosotros" y adulaba a Díaz por "haber enganchado a México a la formidable locomotora Yankee". Las puertas a la penetración del capital norteamericano fueron abiertas de par en par y el Estado mexicano quedó sólo con la capacidad de negociar lo menos mal posible este "enganche" a la locomotora.

Sin duda en este aspecto, los positivistas fueron herederos de los liberales más que de los conservadores del siglo XIX. Recuérdese que Alamán miraba con desprecio al vecino del norte y volteaba hacia Europa, mientras que los liberales fueron quienes propusieron abandonar la raza latina y sajonzarse, pues para ellos lo latino era por definición anárquico, metafísico y decadente mientras que lo sajón significaba, también por definición "adueñarse del mundo del futuro" según escribía Telésforo García, y modo de redimir al mexicano de su indolencia.

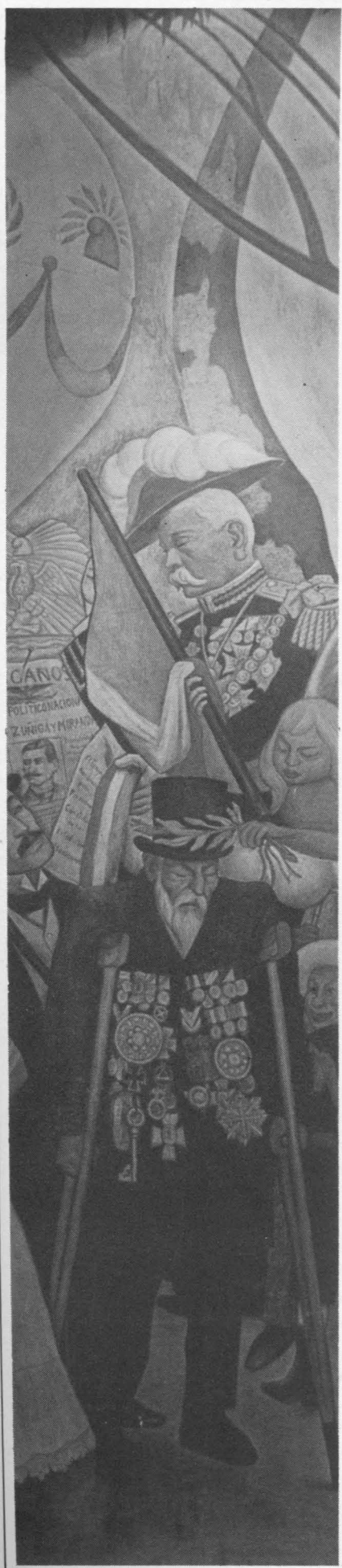
Así pues, los positivistas proponían al mismo tiempo la herencia conservadora y la herencia liberal, inmovilidad y evolución, orden y progreso. Una vez más, las contradicciones conformaron la esencia del proyecto político nacional.

Y sin embargo, ellos no veían contradicción alguna en ser al mismo tiempo promotores del progreso y conservadores del orden. Santiago Sierra escribió: "Desde el momento en que un partido, por la evolución o la revolución, ha logrado plantear un principio, sea este político, social o religioso, necesita abandonar su antiguo papel para

7. Burke y Alamán cit. Noriega, Alfonso, *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, México, UNAM, 1981.

8. Justo Sierra cit. Zea, op. cit., p. 251.

9. Zea, *ibid*, pp. 286-7.



Diego Rivera. Fragmento del mural
Un domingo en la Alameda

como lo ha mostrado Zea— a las necesidades y condiciones de un país de caudillos, poder centralizado, arcas vacías, ningún desarrollo de las fuerzas productivas y un escaso desarrollo de las fuerzas sociales. Escribe Córdova: “El terreno estaba preparado: existían las fuerzas económicas que apoyaban y usufructuaban la pacificación del país y la ciudadanía se mostraba exhausta para seguir dirimiendo sus diferencias por medio de las armas”.² Así pues, había condiciones para que enraizara una ideología como el positivismo y había también una clase social que una vez llegada al poder necesitaba afianzarse en él y afianzar los privilegios recientemente adquiridos.

Nadie ponía en duda que el progreso —entendido como acumulación de riquezas— era el fin deseado, deseable y conveniente para el país y que la base de este proyecto radicaba en el derecho irrestricto, natural e ilimitado a la propiedad privada, la cual debía ser protegida por todos los medios. De ahí que el orden se convirtiera en origen y fin de todas las ideas y propuestas de los positivistas.

El orden se conseguiría, en primer lugar, unificando y uniformando las conciencias de todos los mexicanos. Por eso insisten en las reformas a la educación, y sobre todo, en un estado centralizado, autoritario y fuerte que fuese guardián y gendarme de los privilegios adquiridos y que encaminara al país por el rumbo correcto, “un gobierno fuerte que sometiera a los elementos disolventes mediante la violencia si se hacía preciso”, según palabras del eficaz instrumentador del positivismo, de quien lo convirtió de una filosofía en una práctica política: Justo Sierra.

En 1887 Limantour escribió lo que los porfiristas esperaban del Estado: “Favorecer el desarrollo de los intereses económicos y cuidar la moralización y el buen desempeño de los servicios públicos.”³ La frase —tan similar a las ideas conservadoras de unos años antes, por ejemplo las de Antuñano— resume en su sentido exacto la máxima de Díaz: poca política y mucha administración. El resultado de este proyecto de los positivistas es conocido por la historia: la tiranía honrada, el gobernante árbitro con facultades extraordinarias, el gobierno protector de los pocos dueños de la riqueza, capaz de garantizar el orden y por tanto el progreso. Un gobierno compuesto, según el viejo sueño de liberales y conservadores, sólo por los más aptos para gobernar, aptos que siempre eran los más ricos, y los más ilustrados (lo cual parecía suponer en ellos una mayor conciencia de responsabilidad social). La libertad y la democracia se ven “Como corolario de un largo proceso evolutivo en el que la nación marcha de la depresión a la organización”.⁴

Las concepciones de los positivistas sobre el gobierno y la sociedad se parece bastante a las que se sustentaban medio siglo antes: los “instruidos” de Mora, los “sensatos” de Alamán, reaparecen en la “clase laboriosa, honrada y de buen sentido” a que se refiere Francisco G. Cosme. Tampoco para los positivistas había duda de que “la muchedumbre” no estaba capacitada para gobernar y de que su misión se reducía a obedecer las leyes hechas por los “científicos” de la burguesía en el poder que les garantizaban sus beneficios. “La sociedad se divide en superiores e inferiores —escribió Macedo— los inferiores deben tener para su superior veneración y gratitud, pues de otra manera ellos serán forzosamente una rémora para la conquista del bienestar y el progreso; oponiendo una resistencia, cualquiera que ella fuese, ora activa, ora pasiva y consistente en el solo hecho de no coadyuvar, obligarían a su superior a distraer una parte de su actividad y de sus trabajos en vencerla, parte cuya pérdida será a no dudarlo, el extremo sensible, pues impediría o retardaría la realización de numerosos adelantos.”⁵

Así pues, para los positivistas, la sociedad, la nación, eran ellos mismos y en la medida en que ellos progresaran, todos los demás grupos sociales progresarían pues los beneficios del progreso terminarían por derramarse sobre el resto de la sociedad. El estado por su parte, no tenía ninguna obligación de ocuparse de los pobres y debía en cambio ser guardián de los ricos. Escribe Zea: “El estado no puede ser ya un creador de bienes para el pueblo sino un guardián de los bienes del individuo... cada individuo tiene lo que es capaz de merecer por su propio esfuerzo. La función del estado es la de proteger tales intereses”.⁶

Las ideas sobre el orden llevaron por supuesto a condenar de manera definitiva a la

2. Córdova, Arnaldo, *La ideología de la revolución mexicana*, México, ERA, 1973, p. 39.

3. Limantour cit. *ibid.*, p. 43.

4. Villegas, Abelardo, *Autognosis, el pensamiento mexicano en el siglo XX*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1985, p. 14.

5. Macedo cit. Córdova, *op. cit.*, p. 64 nota 61.

6. Zea, Leopoldo, *El positivismo en México*, México, FCE, 1981, p. 240.